

# La propuesta de Benedicto XVI a los economistas: un camino hacia una economía ética

JEAN-YVES NAUDET

Revista Cultura Económica  
Año XXVII • N° 75 / 76  
Agosto - Diciembre 2009: 77-82

La Encíclica *Caritas in Veritate* es un don brindado por Benedicto XVI para “todos los hombres de buena voluntad”, es decir, para los creyentes y los no creyentes. En efecto, respetuoso de la tradición de la doctrina social de la Iglesia y del método ya presente en Santo Tomás de Aquino, el Papa hace un claro llamado tanto a la fe como a la razón, para ser comprendido por todos. Se sitúa, aquí como en otras ocasiones, en línea con sus predecesores, al explicar él mismo que no hay dos doctrinas sociales de la Iglesia, “una preconciliar y otra postconciliar, diferentes entre sí, sino una única enseñanza, coherente y al mismo tiempo siempre nueva” (CV, 12).

Esta única enseñanza se enfrenta permanentemente con las cosas nuevas (*Rerum Novarum*, decía ya León XIII en 1891) y, para Benedicto XVI, las cosas nuevas son la globalización, el desarrollo integral, la crisis financiera y económica, etc. Todo esto ha sido extensamente discutido por muchos, y yo desearía abocarme a otro aspecto del texto que compete a todos los países. Tal aspecto es la reflexión del Papa en relación con ciertos temas económicos, ya abordados por Juan Pablo II, pero sobre los cuáles nos invita a reflexionar –en particular, a nosotros, los economistas– proponiéndonos un verdadero camino hacia una economía ética. En todo caso, nos plantea las preguntas correctas y nos guía en nuestra reflexión.

Más allá de cuál sea el tema abordado, el Papa se sitúa en una perspectiva de largo plazo y no en una preocupación circunstancial. Y esto es sabio, tomando en cuenta que la crisis financiera y económica que vivimos ha sido provocada por la mera preocupación por lo inmediato: desde el consumo al beneficio, sin dejar de mencionar el crédito. Al ubicar su Encíclica en el marco del amor y la verdad,

resulta evidente que Benedicto XVI invierte totalmente la perspectiva de la ansiedad actual, para situarse en el contexto de lo que es verdaderamente sostenible. En efecto, en el plano económico, las modalidades prácticas de la aplicación de los principios de amor y de verdad no son estrictamente las mismas que en el plano afectivo, familiar o espiritual. Pero el hombre siempre es el mismo y la economía debe obedecer a los mismos principios éticos a los que obedece el resto de la sociedad.

En materia económica, Benedicto XVI se sitúa en la línea de Juan Pablo II con el fin de explicar que la Iglesia no tiene soluciones técnicas para ofrecer. Su tarea será señalar aquello que no se adecua a la dignidad del hombre y abrir los caminos compatibles con una moral natural y cristiana. Así, los que esperaban que el Papa explique cómo resolver la crisis sufrirán una decepción: no es él quien determinará el nivel correcto de las tasas de interés de la FED o el rol exacto del FMI. Por el contrario, él se ubica en un plano completamente diferente.

Además, como la Iglesia es “experta en humanidad” (Pablo VI), conoce bien la naturaleza humana, sus fortalezas y sus debilidades. Difícilmente se podrá comprender la cuestión económica si no se parte del hecho fundamental que es el pecado original. Si se elimina la noción de pecado original imaginando que el hombre es naturalmente bueno, se construye un mundo utópico en el que los más violentos o los más deshonestos predominarán. De lo dicho surge esta fórmula esencial: “La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad [...]. Hace tiempo que la economía forma parte del conjunto de los ámbitos

en que se manifiestan los efectos perniciosos del pecado” (CV, 34). He aquí lo que debería traernos un poco de sabiduría y de modestia en este plano. Sin esto, agrega el Papa, se olvida la moral y se concluye en el desprecio por “la libertad de la persona y de los organismos sociales” (CV, 34).

Si se lo entiende bien, Benedicto XVI no aborda todos los aspectos de la economía y no vuelve sobre todos los temas ya tratados por Juan Pablo II en *Centesimus Annus*, sino sobre algunos de ellos. Nosotros nos concentraremos sobre cuatro que consideramos esenciales para descubrir ese camino hacia la ética económica.

## 1. El mercado

“Si hay confianza recíproca y generalizada, el *mercado* es la institución económica que permite el encuentro entre las personas, como agentes económicos que utilizan el contrato como norma de sus relaciones y que intercambian bienes y servicios de consumo para satisfacer sus necesidades y deseos.” (CV, 35). He aquí una definición clara, pero si solamente nos quedamos en eso, ¿cuál sería el aporte de Benedicto XVI? Juan Pablo II también había hablado en *Centesimus Annus* del mercado como “el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades” (CA, 34). Más adelante, el texto de Benedicto XVI aclara su propósito: “El mercado está sujeto a los principios de la llamada *justicia conmutativa*, que regula precisamente la relación entre dar y recibir entre iguales.” (CV, 35). Esto es lo que ya ha explicado Santo Tomás con el precio justo o el sueldo justo. No se debe olvidar ninguna de estas dos partes al llevarse a cabo un intercambio en el mercado.

“Pero la doctrina social de la Iglesia no ha dejado nunca de subrayar la importancia de la *justicia distributiva* y de la *justicia social* para la economía de mercado [...]. En efecto, si el mercado se rige únicamente por el principio de la equivalencia del valor de los bienes que se intercambian, no llega a producir la cohesión social que necesita para su buen funcionamiento. *Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica.* Hoy, precisamente esta confianza ha fallado, y esta pérdida de confianza es algo realmente grave.” (CV, 35). Y así llegamos al corazón de la crisis de hoy en día, crisis de confianza.

Lo inédito no es hablar de justicia distri-

butiva, sino relacionarla directamente al funcionamiento del mercado en sí mismo, como condicionante de su eficacia. Esto es lo que debería abrir un camino de reflexión; no hay mercado sin confianza, eso lo sabemos todos. Pero tampoco hay confianza ni mercado mismo sin solidaridad “dentro del mercado”, he aquí lo que debe incitar a reflexionar. Luego Benedicto XVI explica que “la sociedad no debe protegerse del mercado” como si fuera algo malo en sí mismo, pero también que “el mercado puede orientarse en sentido negativo” (CV, 36). Puesto que “el mercado no existe en su estado puro [...]. De esta forma, se puede llegar a transformar medios de por sí buenos en perniciosos. Lo que produce estas consecuencias es la razón oscurecida del hombre, no el medio en cuanto tal. Por eso, no se deben hacer reproches al medio o instrumento sino al hombre, a su conciencia moral y a su responsabilidad personal y social.” (CV, 36). Nuevamente estamos frente a la ética situada en el corazón del mercado.

## 2. La ganancia

Nunca ha sido condenada por sí misma y Juan Pablo II reconocía su “rol pertinente”. Benedicto XVI vuelve sobre el tema: “La ganancia es útil si, como medio, se orienta a un fin que le dé un sentido, tanto en el modo de adquirirla como de utilizarla. El objetivo exclusivo del beneficio, cuando es obtenido mal y sin el bien común como fin último, corre el riesgo de destruir riqueza y crear pobreza.” (CV, 21). Desde el punto de vista económico existen instituciones que dan un sentido a la forma de crear beneficio, como, por ejemplo, la competencia, distinta del monopolio, que transforma el beneficio en simple renta. De la misma manera, con respecto a la utilización, lo común es remunerar los aportes de los capitalistas y de los emprendedores y además, si éstos poseen una visión de largo plazo, una parte importante de los beneficios servirá al autofinanciamiento y, por lo tanto, al desarrollo de la empresa, permitiendo así la producción de bienes y la creación de empleos.

¿Por qué entonces Benedicto XVI insiste en este punto? Porque estas condiciones económicas son necesarias, pero no suficientes. Se puede generar beneficios compitiendo en la venta de drogas o en la prostitución de niños. Es aquí que el bien común y la ética están una vez más en el corazón del problema: sólo una conciencia moral recta del productor, del cliente y de los intermediarios, determina si

el beneficio es moralmente legítimo dada la utilización del medio (una competencia leal) y del objetivo perseguido (otorgar un servicio que haga crecer al hombre y respete su dignidad). De esto se trata, en materia económica, aspirar al bien común: brindar por medio de un mercado verdaderos servicios a los demás; apreciando aquí la verdad en el mismo nivel de la ética. Claro está que la ley tiene un rol a jugar (por ejemplo, con los productos ilegales), pero Santo Tomás de Aquino ya había explicado que la ley no podía reprimir todo el mal que había en el mundo. El llamado a la ética, a la conciencia de cada cual, es indispensable.

### 3. El empresario

Juan Pablo II ya había rendido homenaje al rol del empresario. Pero Benedicto XVI también subraya algunos peligros, dado que “debido a su continuo crecimiento y a la necesidad de mayores capitales, cada vez son menos las empresas que dependen de un único empresario estable que se sienta responsable a largo plazo, y no sólo por poco tiempo, de la vida y los resultados de su empresa” (CV, 40). Lo que él denuncia aquí es la exclusiva búsqueda de “beneficios a corto plazo” (CV, 32) “en vez de la sostenibilidad de la empresa a largo plazo” (CV, 40). El tema del empresario plantea una importante pregunta y ciertas clases de empresas, por ejemplo aquellas que pertenecen a un núcleo familiar estable, respetan más esta visión de largo plazo. Pero la gran empresa –con capital más disperso– no está condenada en sí; hay que reflexionar sobre las técnicas que favorecen la preocupación por el largo plazo.

A su vez, Benedicto XVI desarrolla otra idea en relación con el empresariado. Existe una tendencia a “pensar exclusivamente en el empresario privado de tipo capitalista [...]”. En realidad, la iniciativa empresarial se ha de entender de modo articulado. [...] antes de tener un significado profesional, tiene un significado humano. Es propio de todo trabajo visto como *actus personae* y por eso es bueno que todo trabajador tenga la posibilidad de dar la propia aportación a su labor, de modo que él mismo ‘sea consciente de que está trabajando en algo propio’. Por eso, Pablo VI enseñaba que ‘todo trabajador es un creador.’” (CV, 41). Juan Pablo II ya había evocado el tema: todos somos creadores y seguimos hasta cierto punto el orden del Creador en respuesta a su solicitud de dominar y someter la

tierra. Esto no significa hacer desaparecer al asalariado (aunque es bueno que el número de empresas, incluidas las pequeñas empresas –pensemos en el microcrédito– crezca) pero sí garantizar que, a diferencia de lo que sucedió con el taylorismo, cada asalariado esté informado y se sienta involucrado y responsable de su obra en el sentido profundo, que sea, de este modo, un creador: todos empresarios, de alguna manera. Por esto, la empresa debe evolucionar: es a la vez una norma de buena gestión y una exigencia ética.

### 4. La responsabilidad social de la empresa y la verdadera ética

Benedicto XVI no ignora los temas de moda de la “business ethics” (CV, 40) y toma en cuenta las diversas “partes interesadas”. Ve positivamente el hecho de que la RSE tenga en cuenta a todos los “que contribuyen a la vida de la empresa”: “la gestión de la empresa no puede tener en cuenta únicamente el interés de sus propietarios” (CV, 40). Pero todos saben bien que hay de todo en esta corriente de responsabilidad social empresaria, no sólo simples operaciones de comunicación o de marketing, sino también el hecho de que ocasionalmente esta forma de ética empresarial ha hecho pasar por ética lo que en realidad se opone a ella.

Esto le permite al Papa volver sobre lo que la ética es verdaderamente: la “economía tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento; no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona.” (CV, 45). Y después de haber descrito diversas formas de *business ethics*, procesos “que son apreciados y merecen un amplio apoyo”, añade esta fórmula: “conviene, sin embargo, elaborar un criterio de discernimiento válido, pues se nota un cierto abuso del adjetivo ‘ético’ que, usado de manera genérica, puede abarcar también contenidos completamente distintos, hasta el punto de hacer pasar por éticas decisiones y opciones contrarias a la justicia y al verdadero bien del hombre.” (CV, 45).

Lo que el Papa considera bajo el nombre de ética no es lo que está detrás de cualquier eslogan publicitario, sino lo que la doctrina social de la Iglesia dice de la ética, “que se funda en la creación del hombre ‘a imagen de Dios’ (Gn 1,27), algo que comporta la inviolable dignidad de la persona humana, así como el valor trascendente de las normas morales naturales. Una ética económica que prescindiera de estos dos pilares correría el peligro de perder inevitablemente su propio significado

y prestarse así a ser instrumentalizada”(CV, 45). He aquí, sobre esta cuestión, una elaboración definitiva que relativiza muchos discursos supuestamente “éticos”. Un buen eslogan publicitario que emplee la palabra “ética” no basta para garantizar un contenido ético. Hay una ética verdadera y una falsa. La verdadera ética económica es aquella que respeta la dignidad del hombre y las normas morales naturales. Este es el camino que Benedicto XVI nos propone descubrir y recorrer con él.

Traducción del francés: María Eugenia Lepere

## **Benedict XVI’s Proposal to the Economists: a Path towards an Ethical Economy**

---

The Encyclical *Caritas in Veritate* is a gift from Benedict XVI to “all people of good will”, which means, for believers and non-believers. Moreover, respectful of the Catholic social teachings of the Church and of the method already used by Saint Thomas Aquinas, the Pope clearly appeals not only to faith but also to reason to be understood by everyone. Here, as in other occasions, he follows the line of his predecessors by explaining that there are not two Catholic social teachings of the Church “one pre-conciliar and one post-conciliar, differing from one another: on the contrary, there is a *single teaching, consistent and at the same time ever new*” (CV, 12).

This single teaching faces new things permanently (*Rerum Novarum*, as Leo XIII was already saying in 1891) and for Benedict XVI new things are globalization, integral development, financial and economic crisis, etc. All these issues have already been vastly addressed by many. Therefore I would like to devote myself to another aspect of the text regarding certain economic issues that have already been addressed by John Paul II, on which he invites us –specially the economists– to reflect. He proposes a true path towards an ethical economy and suggests the right questions to guide our reflection.

Whichever the subject being treated, the Pope always considers the long-term perspective, instead of a circumstantial point of view. And this is wise taking into account

that the financial and economic crisis we are experiencing has been caused by being concerned only with the immediate future in consumption, benefit, not to mention credit. By placing his Encyclical in the context of love and truth, it becomes obvious that Benedict XVI changes completely the perspective of today’s impatience: he chooses the background of what is truly sustainable. Furthermore, in the economic world, the practical application of the principles of love and truth is not strictly the same as in the emotional, familiar or spiritual level. The human being is always the same and the economy must obey the same ethical principles required for the rest of the society.

Regarding economic issues, Benedict XVI stands in line with John Paul II by explaining that the Church does not have technical solutions to propose: she identifies what is not appropriate to human dignity and shows the ways that are compatible with a natural and Christian moral. Therefore, those who were expecting the Pope to explain how to solve this crisis will be disappointed: it is not him who is going to establish the proper interest rates for the FED or to determine the role of the FMI. On the contrary, he is in a completely different level.

Furthermore, as the Church is an “expert in humanity” (Paul VI), she knows human nature very well, with its strengths and its weaknesses. We can hardly understand the economic problem, if we do not start from the fundamental fact of original sin. Without this notion we build a utopian world, a world in which only the violent or indecent will prevail. From this arises an essential formula: “The Church’s wisdom has always pointed to the presence of original sin in social conditions and in the structure of society [...]. In the list of areas where the pernicious effects of sin are evident, the economy has been included for some time now” (CV, 34). This is what should bring us some wisdom and modesty at this level. Without it, the Pope adds, we forget the moral responsibility and end up feeling nothing but contempt for “personal and social freedom” (CV, 34).

Of course, Benedict XVI does not cover every aspect of the economy and does not reconsider all the issues already discussed by John Paul II in *Centesimus Annus*, though some of them are revisited. We will focus on four of them that are essential to discover the path towards an ethical economy.

## 1. The Market

“In a climate of mutual trust, the *market* is the economic institution that permits encounter between persons, inasmuch as they are economic subjects who make use of contracts to regulate their relations as they exchange goods and services of equivalent value between them, in order to satisfy their needs and desires” (CV, 35). Here we find a precise definition, but if it is all we consider, what would be the contribution of Benedict XVI? John Paul II had also spoken in *Centesimus Annus* of the market as “the most efficient instrument for utilizing resources and effectively responding to needs” (CA, 34). Further on, Benedict XVI’s text defines its purpose: “The market is subject to the principles of so-called *commutative justice*, which regulates the relations of giving and receiving between parties to a transaction” (CV, 35). This is what St. Thomas had already explained, with the principles of fair price and fair wages. None of these two aspects should be forgotten when carrying out an exchange in the market.

“But the social doctrine of the Church has unceasingly highlighted the importance of *distributive justice* and *social justice* for the market economy [...]. In fact, if the market is governed solely by the principle of the equivalence in value of exchanged goods, it cannot produce the social cohesion that it requires in order to function well. *Without internal forms of solidarity and mutual trust, the market cannot completely fulfill its proper economic function.* And today it is this trust which has ceased to exist, and the loss of trust is a grave loss” (CV, 35). And here we are at the heart of today’s crisis, a crisis of trust.

To talk about distributive justice is not new, but it is definitely a novelty to relate it directly to the functioning of the market itself, as a condition for its effectiveness. This is what should enlighten a path of reflection; there is no market without trust, we all know that. But there is neither market nor trust without solidarity “within” the market; this is what should encourage our analysis. Later on, Benedict XVI explains that “Society does not have to protect itself from the market” as if it were something bad itself, but also, he states that “the market can be a negative force” (CV, 36). For “the market does not exist in the pure state [...]. Instruments that are good in themselves can thereby be transformed

into harmful ones. But it is man’s darkened reason that produces these consequences, not the instrument *per se*. Therefore it is not the instrument that must be called to account, but individuals, their moral conscience and their personal and social responsibility” (CV, 36). Once more we find the ethics in the heart of the market.

## 2. The Profit

Profit has never been condemned by itself, and John Paul II acknowledged its “relevant role”. Benedict XVI revisits the issue: “Profit is useful if it serves as a means towards an end that provides a sense both of how to produce it and how to make good use of it. Once profit becomes the exclusive goal, if it is produced by improper means and without the common good as its ultimate end, it risks destroying wealth and creating poverty” (CV, 21). From an economic point of view, there are institutions that give a meaning to this way of creating profit, for example, competition, which is very different from the monopoly that transforms the benefit in plain income. In the same way, regarding the use of the resources, the usual thing is to pay the contributions of the capitalists and entrepreneurs. Further on, if they have a long term vision, an important part of the benefit will be devoted to the self-financing of the business and therefore will allow the development of the company and the production of goods and creation of jobs.

Why does Benedict XVI insist on this point? Because even if these conditions are necessary, they are not sufficient. Profit can be produced competing, by selling drugs or prostituting children. That is why the common good and ethics are once more in the heart of the problem: only an appropriate moral conscience in the producer, the customer and the intermediaries can decide if the profit is legitimate or not, given the method (loyal competition) and the objective pursued (producing something that makes the human being grow and respects his or hers dignity). That is what aspiring to the common good means, in the economic world: to provide truthful services for the others through the market; at this point, truth and ethics are in the same level. Of course, the law has a role to play (for example, with illegal products), but Saint Thomas Aquinas had already explained that the law could not punish all the evil that was in the world. The appeal to ethics, to the conscience of every man, is imperative.

### 3. The Businessman

John Paul II had already paid homage to the businessman's role. However, Benedict XVI points out some of its risks, given that "Owing to their growth in scale and the need for more and more capital, it is becoming increasingly rare for business enterprises to be in the hands of a stable director who feels responsible in the long term, not just the short term, for the life and the results of his company" (CV, 40). What he denounces here is "seeking only short-term profit, without regard for the long-term sustainability of the enterprise" (CV, 40). The question about the businessman is a real and very important one; and sometimes, in certain types of companies, like family businesses, the long term perspective is more likely. Nevertheless, the big enterprise with more dispersed patrimony is not damned in itself; we have to think about the methods that enable the long term perspective in this kind of business.

Furthermore, Benedict XVI presents another idea regarding businessmen. There is a tendency to "think only in terms of the private business leader of a capitalistic bent [...]. In reality, business has to be understood in an articulated way. [...] Business activity has a human significance, prior to its professional one. It is present in all work, understood as a personal action, an *actus personae*, which is why every worker should have the chance to make his contribution knowing that in some way 'he is working 'for himself''. With good reason, Paul VI taught that 'everyone who works is a creator'" (CV, 41). John Paul II had already considered the issue: we are all creators and somehow follow the order of the Creator in response to his request for dominion over the earth. This does not mean that the employee should disappear (though it is a good thing that the amount of enterprises grows, even the small ones that require microcredit) but it implies that, unlike what happened with Taylorism, each employee should be informed and feel involved and responsible for his work in a deep sense. He becomes thus a creator. We are all entrepreneurs in some way. Therefore, the company should evolve: it is a standard of good governance and an ethical requirement.

### 4. Social Corporate Responsibility and True Ethics

Benedict XVI is aware of the very popular issues that the discipline "business ethics" brings today and considers its various "stakeholders". He has a positive view on the fact that it takes into account all of "*who contribute to the life of the business*" "*business management cannot concern itself only with the interests of the proprietors*" (CV, 40). But everyone knows that there are many kinds of things in this line of corporate social responsibility, not just simple communicational or marketing strategies, but also the fact that occasionally this form of business ethics has presented as "ethical" issues that actually preclude ethics.

This allows the Pope to go back to what ethics truly is: "*The economy needs ethics in order to function correctly* –not any ethics whatsoever, but an ethics which is people-centred" (CV, 45). After describing a few examples of "business ethics" processes that "are praiseworthy and deserve much support" (CV, 45), he adds the following formula: "It would be advisable, however, to develop a sound criterion of discernment, since the adjective "ethical" can be abused. When the word is used generically, it can lend itself to any number of interpretations, even to the point where it includes decisions and choices contrary to justice and authentic human welfare" (CV, 45).

The Pope sees ethics not in the way of an advertising slogan, but in the same way that the Catholic social teaching does: "it is based on man's creation "in the image of God" (Gen 1:27), a datum which gives rise to the inviolable dignity of the human person and the transcendent value of natural moral norms. When business ethics prescind from these two pillars, it inevitably risks losing its distinctive nature and it falls prey to forms of exploitation" (CV, 45). Here we have, on this issue, a clear definition that relativizes many supposedly "ethical" discourses. A good advertising slogan that uses the word "ethics" is not sufficient to ensure an ethical content. There is a true and a false ethics. The true economic ethics is that which respects the dignity of man and the natural moral norms. This is the path that Benedict XVI invites us to discover and to walk through with him.

Traducción: Violeta Micheloni